

prisioneros hechos, llegó á saber que el caballero francés Roberto de la Sala habia ido á poblar las costas del Seno Mejicano. La noticia era alarmante, y el marino español, llegando á Veracruz, la puso en conocimiento del virey. Comprendiendo el marqués de la Laguna los daños que á la Nueva España le podrian venir si se efectuaba el intento de los enemigos, escribió al gobernador de la Habana, encargándole que enviase una fragata al mando del célebre piloto Juan Enriquez Barroso, recorriese la costa del Seno Mejicano, y diese aviso de lo que intentaban los franceses.

Nunca nacion ninguna se ha encontrado en circunstancias que igualasen en dificultad á las que cercaban entonces á la España. La Europa entera, envidiosa de sus posesiones en América, trataba de arruinar su comercio y de coger el fruto de sus costosos descubrimientos. Los mares de la Península se hallaban infestados de piratas moros, y los de la América, cubiertos de naves de filibusteros, que eran los segundos argelinos, mas bárbaros aun que los primeros. El Océano entero, en una palabra, era un teatro de las violencias de todas las potencias extranjeras conjuradas contra España. Por fortuna suya, sus descendientes en el Nuevo Mundo consagraban en aquella época verdadero afecto á la metrópoli, y dotados de valor y de energía, estaban siempre dispuestos á rechazar á los enemigos del pabellon español que pisasen su territorio. Los actos de vandalismo cometidos en los pueblos indefensos de la costa, llevándose á sus pacíficos habitantes, se hallaban en pugna con los nobles sentimientos de los hijos de la América Española, y sus hidalgos corazo-

nes se indignaban contra aquellos hechos que daban poca honra á las naciones que los permitian.

No bien habia llegado la flotilla española á Veracruz con el buque francés apresado, cuando una fuerza de filibusteros desembarcó en la costa de Tampico, poniendo á saco la poblacion. Mientras los que habian saltado en tierra se apoderaban de cuanto habia en las casas y de las personas de quienes esperaban sacar rescate, los que se habian quedado en los buques, que eran tres navíos y ocho balandras, arreglaban á toda prisa en sus embarcaciones los efectos robados. Al tener noticia el virey de ese desembarco hecho el 2 de Mayo, dió orden de que saliese sin tardanza la escuadrilla de Veracruz. El valiente jefe se hizo á la vela en el momento que recibió la orden, y sorprendiendo el dia 8 á los piratas, logró apresar tres de sus buques principales, salvándose los otros, que eran pequeños, por haberse metido en sitio donde por la poca agua no podian entrar buques mayores. Mucho contribuyeron al buen éxito los habitantes de la costa que hostilizaron en tierra al enemigo.

1685. Pero era imposible atender á todos los puntos amenazados por los centenares de buques piratas. Los corsarios ingleses y franceses, conjurados contra los españoles de la América y sus descendientes, se habian propuesto enriquecerse con los despojos que alcanzasen en sus excursiones. El punto á donde habian dirigido sus miras fué la Nueva España, joya la mas noble y espléndida del Nuevo Mundo, cuyas inagotables riquezas aguzaban el insaciable apetito de oro y plata de esas naciones establecidas en la Tortuga y Jamaica. No

importaba que se hallasen ó no en guerra con España, pues para ellas no habia tratado ninguno sagrado, ni derecho de gentes, cuando se trataba de caer sobre alguna rica presa, que era el objeto de su ambicion.

Entre los piratas famosos que se presentaron en ese año de 1685 en las costas de la Nueva España, se hallaba el inglés Guillermo Dampier, que se habia ocupado por algun tiempo en saquear las costas del Perú. En su compañía marchaba, mandando uno de los buques, Towunley, hombre notable por su arrojo y osadía. Sabiendo por un mulato prisionero, que en Acapulco se hallaba anclado un barco peruano con un rico cargamento, concibió Towunley el atrevido pensamiento de apresarlo dentro del mismo puerto. Para ejecutar su plan escogió ciento cuarenta hombres de los mas valientes de su tropa, y armados de excelentes fusiles, entraron en doce lanchas, al amanecer, en Acapulco con la mayor cautela. Colocados en un sitio conveniente, observaron que el navío peruano estaba anclado entre el parapeto y el fuerte. Conociendo entonces que la empresa era imposible, salieron con el mismo sigilo que habian entrado, y desembarcaron fuera de tiro de cañon del castillo que deseaban observar. Apenas habian saltado en tierra para examinar la posicion del fuerte, cuando fueron acometidos furiosamente por una partida de soldados españoles, que habiéndolos visto desde la noche anterior, habia estado en observacion de sus movimientos. Sorprendidos los piratas y sobrecogidos de espanto con el ataque inesperado, se reembarcaron á toda prisa, sintiendo haber sido descubiertos, pues no dudaban que los habitantes de la costa se pondrian

sobre las armas. No se engañaron. Avisado el virey, por el jefe de Acapulco, de lo que habia acontecido, despachó correos por la costa, avisándoles que evitasen una sorpresa de los corsarios. Inmediatamente se armaron los habitantes de los puntos amenazados, y aunque los piratas trataron de saltar en tierra en diversos puntos, en todos se vieron rechazados con bastantes pérdidas y obligados á meterse en sus buques.

Entre los piratas que recorrian las costas de la Nueva España, y que se vió precisado á reembarcarse en esos dias, se encontraba Lorencillo. Su escuadra se componia de cuarenta embarcaciones pequeñas en las cuales llevaba aprisionados doscientos indios que habia cogido en diversos desembarcos hechos en Yucatan.

1686. No anduvieron mas felices los corsarios que saltaron á tierra en algunos puntos de la Nueva Galicia. Una fuerza que se habia apoderado de cuarenta cargas de pescado en los primeros dias del mes de Marzo, fué acometida por los habitantes que pudieron reunirse, y huyó á sus embarcaciones, dejando veinte hombres muertos y algunos prisioneros. Los piratas dejaron todo lo que habian cogido, y además perdieron muchas pistolas, arcabuces y alfanjes, que cayeron en poder de sus perseguidores.

Las excelentes disposiciones que el marqués de la Laguna habia llevado á cabo para dejar resguardados los puntos principales de la costa, enviando fuerzas á Campeche, Tampico y Veracruz, no le privaron de que se ocupase de los demás ramos de la administracion, ni de que protegiese el cultivo de las letras. Durante el tiempo de

su vireinato brilló el ingenio de la célebre poetisa mejicana Sor Juana Inés de la Cruz, monja de San Gerónimo, llamada la décima Musa. Muchas de sus composiciones fueron escritas en honor del virey, pero muy especialmente de la vireina D.<sup>a</sup> María Luisa Manriquez de Lara y Gonzaga, que la nombró dama de honor. Ambos visitaban con frecuencia á la religiosa, admirando su ingenio y complaciéndose en su trato.

Mientras el marqués de la Laguna atendia al adelanto del país y á la seguridad de sus puertos, llegó á Veracruz el entendido piloto D. Juan Enriquez Barroso, que desde el año anterior habia salido de la Habana para ver si los franceses trataban de formar alguna colonia en las costas del Seno Mejicano. Las noticias que comunicó al virey fueron lisonjeras, pues habiendo recorrido todo, en ningun puerto ó ensenada halló rastro de que los franceses hubiesen fundado colonia, pero ni aun de que se hubieran presentado.

Cuando el virey acababa de enviar esta noticia á la corte de España, entró en el puerto de Veracruz la flota española, conduciendo á D. Melchor Portocarrero Laso de la Vega, conde de la Monclova, nombrado para sucederle en el gobierno.

Vigésimonono El nuevo virey, á quien llamaban Brazo de virey. plata, á causa de que decian que tenia de ese metal el brazo derecho, que lo habia perdido en una batalla, se informó, al desembarcar, del estado que guardaba la plaza. Despues de visitar el castillo de San Juan de Ulua y examinar las fortificaciones, tomó noticias del viaje hecho por el piloto Barroso por el Seno Mejicano.

Como el conde de Monclova llevaba orden expresa de la corte, de que averiguase si los franceses habian ó no fundado alguna colonia, reunió una junta de capitanes de la flota con el fin de resolver lo que seria conveniente hacer. La opinion de la mayoría fué que se enviasen dos bergantines de la misma escuadra, que llegasen hasta el frente de los montes Apalaches, á donde, por hallarse falto de víveres, no habia podido llegar Barroso. El nuevo virey quiso poner inmediatamente en planta la idea, y nombró los capitanes que debian salir á efectuar el reconocimiento. Sin pérdida de momento hizo que se dispusieran dos fragatas, y ordenó que quedasen dos navíos de línea listos en el puerto para atender á lo que pudiera ocurrir. Dadas estas disposiciones, el conde de Monclova se dirigió á la ciudad de Méjico, donde entró el 30 de Noviembre de 1686.

El marqués de la Laguna, despues de haber gobernado seis años con acierto y actividad, salió de la capital, dejando gratos recuerdos de su administracion. Amaba al país que habia gobernado, y su esposa lloró al salir de la ciudad. En la residencia hecha al marqués de la Laguna, no hubo mas que seis cargos; pero ninguno de importancia. Esto prueba la pureza con que se habia manejado en su gobierno. Vuelto á España, hizo un donativo de cincuenta mil duros. La corona le nombró grande de España y mayordomo mayor de la reina, dándole al mismo tiempo á su hijo mayor el título de duque de Guastala.

1687. Los buques que el nuevo gobernante habia enviado á que recorrieran el Seno Mejicano, cumplieron

exactamente con su comision. Los capitanes pasaron mas allá de los montes Apalaches; y aunque no hallaron ninguna colonia francesa, sí encontraron muchos fragmentos de embarcaciones que indicaban que habian llegado á la costa, donde llegaron á zozobrar. Con estas noticias volvian á Veracruz, cuando una terrible borrasca les obligó á refugiarse en la Habana. Mejorado el tiempo, se hicieron á la vela hácia la Nueva España, llegando á los pocos dias á Veracruz. El virey, satisfecho de las noticias que le daban y queriendo premiar su buen servicio, les gratificó generosamente. Luego, con el objeto de evitar que los franceses tratasen de hacer otra tentativa, el conde de Monclova, viendo que los indios de las provincias de Coahuila se habian reducido, trató de fundar una fuerte colonia. Activo y empeñoso, envió ciento cincuenta familias, en que habia doscientos hombres de valor, y bien armados, que no consentirian saltar en tierra á los franceses. Esta colonia, compuesta de españoles y de mejicanos descendientes de ellos, fundó la villa de Monclova, para perpetuar el nombre del gobernante á quien se debia su fundacion.

Al mismo tiempo que levantaba en Coahuila una poblacion que recordase constantemente su memoria, se ocupó de hacer en la ciudad de Méjico otra obra de beneficio público, que demostraba los filantrópicos sentimientos que abrigaba el probo gobernante. Esa obra fué la cañería que conduce el agua de Chapultepec al Salto del Agua y barrios del Sur de la capital, hecha á sus expensas, y de notable utilidad para los vecinos de aquel rumbo que quedaron abundantemente proveidos.

1688. El conde de Monclova continuaba atendiendo á las mejoras del país, cuando llegó á Veracruz su sucesor en el mando, D. Gaspar de Sandoval, Silva y Mendoza, conde de Galve.

Aun no salia de Veracruz el nuevo gobernante para la capital, cuando recibió el conde de Monclova un desagradable aviso del gobernador de Nuevo Méjico. Le decia en él, que tres franceses que habian llegado á la plaza se dirigian á la colonia que poco tiempo hacia habia formado la Francia en el Seno Mejicano. El virey saliente se sorprendió con aquella noticia, pues veia que á pesar del empeño que tuvo en impedir que se plantease ningun establecimiento francés en aquellos sitios, no habia logrado su objeto.

Mientras el conde de Monclova se hallaba triste por la mala nueva que le acababa de dar el gobernador de Nuevo Méjico, las autoridades se disponian á recibir al nuevo gobernante, que se acercaba á la capital para empuñar las riendas del Estado.